

razonable debe ir á Montecarlo con la ilusión de ganar un solo franco. Jugar es perder, y sólo es bello cuando el perder no importa ni perjudica; en Montecarlo sólo ganan los accionistas, y cada jugador contribuye á amasar los cuarenta millones que ellos se distribuyen anualmente. Las ganancias fabulosas y los afortunados que hacen saltar las bancas, ya no existen. Nadie puede contar eso honestamente; parece que su alteza el príncipe de Mónaco prohibió la entrada á Tartarín de Tarascón. Era el único ganador de millones.

Antes de venir á jugar, los que ignoren la locura que acompaña á esta bella emoción de perder, procederán cuerdamente leyendo *El Jugador*, de Dostoyewsky—cuadro perfecto—y algunas páginas eficaces de Barrés y de Bourget. Ellos enseñan que el juego es vicio, es ruina, es deshonra, es suicidio.

Lo peor es que miente el adagio: «Desgraciado en el juego, afortunado en el amor.» En Montecarlo el amor se compra y cuesta caro; el que pierde se queda sin dinero y sin amor.

## La vanidad criminal

Roma, 1905.

Este fenómeno llamó especialmente nuestra atención al visitar algunas cárceles de Italia.

De pronto, rimando el tono de su voz con el matiz grisáceo de la tarde sin sol, un calabrés con cuello de toro y manos como garras, conciudadano de Musolino, nos guiñó el ojo picarescamente. Vivía más satisfecho en la cárcel de Roma que en su montaña abrupta. Mirando su cara simiesca parecía leerse en ella la satisfacción de un hombre que ha realizado su ideal. Mientras recorriamos los corredores cenicientos, cuya penumbra cobija tanta lacra pavorosa y donde cada alma es una pústula, el calabrés nos tocó el hombro á hurtadillas, para que no le vieran los empleados del establecimiento.

—¿Es usted el profesor?—nos preguntó.

—Sí; ¿por qué?

—¿No querría publicar mi retrato en algún diario ó libro suyo, como hicieron con el de Musolino?

—Pero usted no cometió crímenes tan grandes...

—Porque no pude. Mas le juro que cuando vi en un libro el retrato de Pepe, y más tarde en todos los diarios, sentí anhelos de ser un gran hombre como él. Desgraciadamente fallaron mis proyectos. Me tomaron en seguida. Porque si no...

Y junto con la vanidosa amenaza, el celeste sin brillo de sus ojos se iluminó súbitamente, como cuando en la pesadumbre de un cielo nublado se desarticula un rayo.

Pocos pasos más lejos, un gandul de veinte años nos desmenuzó la crónica de su adolescencia. En el prisma de su vida, aun breve, no fulguraba un solo resplandor de honestidad nativa. Ninguna claridad había en su alma, prematuramente empañada por el crimen. Fuera absurdo pedirle transparencias; nació opaca. Nos exageró con inmoderada fanfarronería las páginas más abyectas de su historia. Le preguntamos por cuántos años estaba sentenciado.

—¿Yo? Nada; tres años. Pero advierto á usted que mi padre está condenado á treinta y mi hermano á doce. Y de mi padre hablaron mucho los diarios, ¿comprende?

En Nápoles un *camorrista* nos puso queja contra las inicuas autoridades que no le dejaban estafar y acuchillar en paz.

—Ya hice publicar un lindo suelto en *El Juicio Final*. ¡Ese sí que es un buen periódico! Siempre nos publica algo contra la policía. Pero le juro que cuando salga haré hablar de mí en los demás diarios, porque yo no soy un pillo vulgar ni un acuchillador como cualquier otro.

Manifestaciones semejantes hemos oído ciento en las cárceles de Italia. Un rengó—no lo era menos de alma que de piernas—, autor de siete ú ocho homicidios, nos pidió intercediéramos ante el director para que le permitieran garabatear su autobiografía. «Vale la pena, se lo aseguro; yo soy un hombre que ha trabajado bien.» Un eminente «punguista» pidió permiso para venir á la dirección y lucir sus habilidades en presencia de los visitado-

res: en un santiamén nos dejó limpios de relojes y alfileres, antes que autorizáramos su ensayo. Un homicida, verdadero arquetipo de la degeneración, con una de esas caras que ilustran los atlas de Lombroso ó de Ferri, reclamó con violencia: «Hágame lo que quieran. Aguantaré que me maltraten y asesinen. Pero no me impidan hacer conocer de todo el mundo las principales circunstancias de mi vida y las causas de este crimen.» Otros, por docenas, nos refirieron sus delitos. Ponían todos particular empeño en pavonearse de sus hazañas. Los más foragidos adornaban sus aventuras cargando la pincelada roja; los bribonzuelos de segundo orden, avergonzados por la obscura lenidad de sus crímenes, inventaban de planta imaginarias fechorías. Los avergonzaba la insuficiencia de su propia infamia.

Lombroso menciona muchos casos semejantes. Un tal Rossi, por ejemplo, gritaba frente á sus jueces, como ante una platea: «No imitaré á mis camaradas, que hacen misterio de sus acciones. Lejos de eso, las mías me enorgullecen. He robado, es cierto, pero nunca menos de diez mil francos.» Y una envenenadora célebre, la Busceni, se carteaba con su amante, firmando *Lucrecia Borgia*; así denunció los propios crímenes, por no refrenar su petulante vanidad criminal.

Como estos casos podrían referirse millares. Indudablemente esos rasgos psicológicos no son exclusivos de los delincuentes italianos; en todas las cárceles y en todos los países obsérvanse con mayor ó menor intensidad. Pero en Italia predominan, dando fisonomía á ciertas formas de la criminalidad peninsular y constituyendo una de sus peculiaridades más características.

En suma: hay verdaderos Quijotes y Cyranos

del crimen, como los hay del arte ó de la caballería. Hay una criminalidad que busca el camino de la gloria; hay una vanidad criminal que mira al público y á la posteridad. Son puñales bravíos que hienden las carótidas y punzan los corazones buscando el éxito; son fusiles que resuenan en la montaña esperando la repercusión de su eco en el tiempo y en el espacio.

\*  
\* \*

Eróstrato, el obscuro é inmortal ciudadano de Efeso, ¿fué un cobarde, un simple vanidoso, un verdadero megalómano? Callan los historiadores á este respecto; por ese entonces no había alienistas, que ahora escudriñan las almas con inclemencia y rotulan con sutiles diagnósticos cuantos cerebros caen bajo su lente ó su escalpelo. Vivía, sin duda, obsesionado por una atroz pesadilla: su nombre no quedaría en la historia. Necesitaba vincularlo á algún hecho grande, universal. Miró en su interior y se vió impotente para emprender una obra buena. Recordó entonces que los grandes conquistadores se immortalizan mediante devastaciones y carnicerías en vasta escala. Una obra grande y mala, ¿no valdría lo mismo ante la posteridad? Con gesto de bárbaro y alma de nihilista puso fuego al templo de Diana. Quería solamente la gloria, y la gloria, para él, estaba más allá del bien y del mal. La asíó como pudo, cogiéndola por su único garrón vulnerable, como Tetis á Aquiles. Legó su nombre á la posteridad, asociado á una gran obra mala. ¿Acaso Cain es menos célebre que Abel?

Algunos poetas griegos han enmarañado la leyenda de Eróstrato forjando otras versiones; para nuestro objeto basta la enunciada. Si diremos que

el profesor Lacassagne, con certero espíritu generalizador, ha denominado *erostratismo* á esa hipertrofia de la vanidad, á ese deseo de exhibición y de celebridad que en muchos casos semejantes al de Eróstrato, suele ser el móvil esencial del delito. Otras veces entra como factor preeminente en la psicología del criminal.

Eróstrato es, pues, el precursor ilustre de todos los criminales vanidosos, su «hombre representativo», emersonianamente. Max Stirner ó Nietzsche habrían podido mencionarlo como un modelo de hombre extrasocial, ajeno á la ética y á las conveniencias colectivas, libre del espíritu de grey. Su caso moral fué extraordinariamente sencillo: debía elegir entre su vida y la de una magnífica obra de arte. ¿Para qué le servía el templo cuando él muriese? Se eligió, pues; destruyó la obra de arte y él sobrevivió en la historia. Fué un gesto del individuo contra la sociedad.

\*  
\* \*

La noción pleonástica de la personalidad propia se exalta en los ambientes civilizados. El brillo de la gloria sobre las frentes elegidas deslumbra á los mediocres, como el hartazgo del rico encela al miserable. El elogio del mérito es un estímulo para perseguir la loa. Bajo la obsesión del éxito que persiguen en vano, los impotentes adquieren una exagerada noción de los méritos propios; después del fracaso suelen refugiarse en la protesta contra el ambiente social, que no se decide á admirarlos. Todo hombre entra á la vida construyéndose un escenario, grande ó pequeño, bajo ó culminante, sombrío ó luminoso; cada uno vive con la preocupación constante del juicio ajeno so-

bre su persona. Así consumen los hombres las mejores energías de su existencia, sedientos de distinguirse en su órbita, de ocupar á su mundo, de cautivar la atención ajena, por cualquier medio y de cualquier manera. La diferencia, si la hay, es puramente cuantitativa entre el escolar que persigue diez puntos en los exámenes, el político que sueña verse aclamado ministro ó presidente, el novelista que aspira á ediciones de cien mil ejemplares y el asesino que desea ver su retrato en la sección policial de los grandes periódicos.

Tarde ha dicho que el amor propio es el mayor estímulo para la acción: el deseo de brillar en nuestro ambiente inmediato, la preocupación del juicio que sugerimos al pequeño grupo que nos circunda de cerca es la más intensa de sus formas. Los hombres, generalmente, desean que se les pague sus esfuerzos al contado, aunque sea en moneda menor, con los pequeños níqueles del éxito sobre tablas. El rol de estos sentimientos es grande en todos los hombres, desde el más humilde hasta el más encumbrado. La vanidad, el orgullo y la pretendida megalomanía de los grandes hombres son las formas más intensas de fenómenos perfectamente normales, rara vez mayores que la vanidad y el amor propio de los imbéciles. La diferencia estriba en su cantidad; pero es una diferencia lógica y normal. A un metro y á simple vista nadie ve la pata ó la boca de una hormiga, pero todos perciben la garra de un león y la trompa de un elefante; ambas son normales, guardan justa proporción. Lo propio ocurre con el orgullo ruidoso de los grandes y la desapercibida vanidad de los insignificantes.

Las que podríamos llamar «enfermedades de la vanidad» revisten dos aspectos. En algunos casos la hipertrofia patológica convierte al individuo en

un extrasocial, simplemente; otras veces lo transforma en antisocial. Los primeros se escurren junto á las fronteras de la locura; son millones de megalómanos á medias que fermentan en todos los ambientes sociales, inadaptados por incapacidad, contradiciendo sus flacas aptitudes con el propio juicio de méritos imaginarios y desconocidos, cascabeleando la pompa de su yo enfermizo. Los segundos reaccionan contra el medio; ruedan al manicomio ó á la cárcel, según las circunstancias.

En los criminales la vanidad reviste caracteres mórbidos, netamente antisociales. Se observan todos los grados: desde el simple ratero que se jacta de sus golpes audaces, hasta el anarquista que desea inmortalizarse matando á un rey y cantando la *Carmañola* al subir á la guillotina. Todos, en grande ó en pequeño, buscan la celebridad; todos la persiguen como aquel señor de Gensac, de quien cuentan las crónicas del siglo XVI que quiso batiirse contra dos adversarios al mismo tiempo, sin más razón que ésta: «¡Ah, Dios mío; quiero que se ocupen de mí en las crónicas!» Ya había crónicas; luego vinieron las gacetas, los diarios, las revistas ilustradas. Todo un sistema para fomentar la vanidad criminal. El señor de Gensac no es una excepción. De Marat y Robespierre dice Lombroso, en un estudio interesante, que fueron tan criminales por vanidad como por pasión política: la desproporción entre su valor intelectual y su extraordinario egotismo fué una de las causas de su fanatismo sanguinario.

En esa misma encrucijada de la historia convergen y desfilan las grandes históricas de la Revolución, cuya neurosis es singularmente propicia al deseo de notoriedad y al afán de preocupar al público. Hacia la guillotina pasa Olimpia de Gouges,

amazona de la pluma; sobre los peldaños de la máquina siniestra ella sintetiza en una frase toda su psicología: «Fatal deseo de la celebridad! ¡He querido ser alguien!» Y pasa Théroigne de Méricourt, que los Goncourt nos pintan en su precioso estilo «á caballo, con un penacho rojo, chaqueta roja, fusta en mano, pistolas en la cintura, cabalgando en su triunfo»; desahogaba su fiebre de histeria y de celebridad peleando á la cabeza de multitudes criminales, como la «Goga» pintada por Francisco Sicardi en su novela *Hacia la justicia*. Théroigne guía los puñales plebeyos en las jornadas de Octubre, hostigando á la masa con vociferaciones de manicomio; la pobre murió loca, en efecto. Carlota Corday toma por asalto la inmortalidad vibrando su arma como un rayo sobre Marat, que era la tempestad viviente; Rosa Lambe, satanisa de la guillotina, y muchas, muchas otras, hasta que la hora trágica de la Comuna sonó sobre París su entrevero de heroísmos y de infamias, volcando del suburbio sobre el bulevar «la histeria revolucionaria», con esas desgraciadas petroleras embriagadas por el olor de la sangre y la chamusquina del incendio. En esos casos y en otros similares que ha reunido en un libro reciente el doctor Villette, el crimen se entrelaza con la locura de la celebridad; cada una de esas histéricas soñaba legar su nombre á la historia, como heroína de la redención humana.

La vanidad mórbida asoma, pues, en todas partes: característica predominante en la psicología criminal, tanto en el delito individualizado como en las multitudes delincuentes.

Cuando la lucha contra el delito se funde sobre una organización racional de los medios preventivos y represivos, á fin de impedir los actos

antisociales de los delincuentes, estas nociones de psicología criminal tendrán utilidad inmediata en las funciones de la policía y de la justicia. La ciencia criminológica comienza á influir sobre la evolución del derecho penal metafísico; en cuanto á la prevención y procedimiento policial, merece admirarse la iniciativa del ilustre Ottolenghi, profesor de medicina legal en Roma, que dicta un curso de «policía científica» á los empleados de esta repartición. ¿Os imagináis las ventajas que resultarían de reemplazar al pesquisante comprado por un técnico que ganara su empleo en un examen de concurso relativo á nociones de sociología criminal y de técnica policial? Es la vía para que el odiado *sbirro* latino se convierta en el simpático *policeman* sajón. Cualquier discípulo de Ottolenghi encontrará cien ocasiones para explotar la vanidad del delincuente en beneficio de la defensa social. Cuando quiera interrogar á un lundardo le bastará elogiar sus aptitudes delictuosas, tratándolo para ello como á un maestro en su arte; el delincuente, envanecido por el elogio, tratará de confirmar esa honrosa reputación y referirá con pelos y señales su propia biografía criminal, y acaso la de algunos cómplices ó colegas. Este procedimiento, que también hemos visto usar con éxito por el comisario de Investigaciones de Buenos Aires, confirma un viejo aserto de Lombroso: «La vanidad profesional es mayor en los delincuentes que en los cómicos, los literatos, los médicos y las mujeres elegantes.»

Como índice de la vanidad en los delincuentes italianos, basta mencionar sus dos procesos más ruidosos. El de Tulio Murri, cuyo memorial es un magnífico documento de psicología criminal, y el de José Musolino, cuya celebridad excedió por

mucho á la de cualquier presidente de Gabinete italiano.

\*  
\* \*

En ciertos casos la vanidad criminal suele complicarse con un vago barniz de teorías filosóficas. Se prefiere las que están de moda. Así el delito aparece como una misión y su autor como «el heroico brazo que ejecuta los destinos de la historia», para usar del cliché ravacholesco. Muchos regicidas, en todos los tiempos, han sido vulgares criminales ó simples ambiciosos, imitadores de Eróstrato. Otros han entreverado la filosofía con la abyección, la ciencia con el delito. ¿No hemos oído al cobarde asesino de una anciana, Lebiez, pretendiendo justificarse, caricaturando en su beneficio una afortunada fórmula del darwinismo: «Yo había declarado la guerra á la sociedad; ella es más fuerte; yo sucumbiré»? Una evolución semejante se advierte en toda la criminalidad política. El profesor Regis ha demostrado, y lo confirmó plenamente Pierre Villette, que los regicidas de antaño son los anarquistas de hoy. Otros tiempos, otras fórmulas verbales; nada más. Ahora sus discursos reivindicatorios han adoptado un nuevo esquema: desfacer á dinamitazos los entuertos de la sociedad.

Es evidente que estos anarquistas de acción no deben ser confundidos con los sociólogos idealistas á la manera de Reclús y de Kropotkine; los errores del romanticismo político son siempre respetables, mientras sean sinceros. Ni puede confundirseles con los literatos que buscan en la miseria y la rebeldía inspiraciones concordantes con su temperamento, ó simples caminos de éxito fácil, como Richépin ó Laurent Tailhade. En ciertos casos, sin

embargo, la simple instigación literaria al delito es más torpe que el delito mismo; hay cobardía en aconsejar como óptimo un crimen que lleva al cadalso, sin tener el valor de realizarlo personalmente.

Los regicidas han adoptado ahora la teoría de la propaganda por el hecho, creando la guerra química, según la frase pintoresca de J. Simón. El profesor Regis encuentra en estos sujetos una hipertrofia enorme de la vanidad que les produce una desarmonía del carácter y de la personalidad, constituyendo una forma del delirio místico. Bajo los reyes, Francia tuvo místicos religiosos; bajo la Revolución y el Imperio, místicos patriotas; bajo la República surge el misticismo rojo, cuya manifestación extrema es el anarquismo. Cuando ese misticismo político ambicioso brota en un temperamento criminal, tenemos al delincuente anarquista. ¿Quién podría impedir á los delincuentes vanidosos creerse regeneradores de la humanidad y obrar en nombre de la filosofía acrática? Muchos de ellos ofrecen el cuadro completo del erostratismo. Lombroso, en un estudio por otros conceptos deficiente, encuentra que suelen ser desequilibrados y muy sugestionables, verdadero «mattoides», presentando «una combinación de insuficiencia mental y megalomanía, con una extraordinaria exageración del orgullo y de la ambición».

En el fondo suelen ser egoístas envidiosos; en su odio al rico hay envidia instintiva por su riqueza. Además, como observa Ganzer (según creo, pues cito de memoria y un océano me separa de mi biblioteca), tienen imperioso deseo de hacer hablar de sí, son víctimas de ese cabotinaje moderno que afana á tantos mediocres, fracasados y anormales, sedientos de publicidad malsana é his-

trionesca. Estos ambiciosos de celebridad, incapaces de alcanzarla á fuerza de talento y de trabajo, se adhieren á una forma violenta de la moderna filosofía política y disfrazan su vanidad criminal con el antifaz anarquista, titulándose desfacedores de entuertos, vengadores de los débiles, castigadores de la sociedad madrastra.

Orsini, su precursor, quiso mostrar que podía acometer, él solo, una empresa equivalente á la revolución de todo un pueblo; tenía, además, «la intención de terminar con una vida que comenzaba á pesarle, mediante un acto que le haría eternamente célebre», como dice Lombroso. De otro, de Fieschi, señala Maxime du Camp «la vanidad constante. Le complacían los extensos relatos de los diarios, repartía autógrafos á sus custodios y firmaba sus cartas: *El regicida Fieschi*. Sus memorias terminaban afirmando que su nombre pasaría á la historia». Y no es menos curioso Hoedel, que atentó á la vida del Emperador de Alemania, el cual, antes del atentado, mandó hacer numerosos ejemplares de su fotografía, asegurando á los fotógrafos «que harían un buen negocio, pues en breve su nombre correría por el mundo entero en alas de la fama».

El doctor Villette, en una tesis de Lyon, inspirada por el profesor Lacassagne, reunió datos muy demostrativos acerca del exhibicionismo y la vanidad de varios anarquistas célebres. Recordaremos algunos de los más significativos.

En Ravachol se percibe la más heterogénea combinación de infamia y de anarquismo; los elementos morales propios de la más baja criminalidad se escudan tras el manto de reivindicaciones sociales profesadas con petulancia sin par. Es curioso el proceso psicológico de este ladrón y viola-

dor de sepulturas, contrabandista y asesino, que intenta erigirse un pedestal sustentando sus crímenes con la argamasa de utópicas filosofías. Antes de recurrir á la dinamita ha usado todos los instrumentos vulgares del delito, desde sus simples manos de vagabundo hasta el puñal, el revólver y el martillo: puede envanecerse cínicamente pensando que «cada uno de sus dedos ha matado un hombre». Antes del atentado había dicho á su compañero Chamartín: «¡Si yo quisiera contar lo que he hecho, verías mi retrato en todos los diarios!» Y realizó su deseo. Por ese tiempo vimos en *Le Père Peinard*, que recibía en Buenos Aires un librero de la calle Esmeralda, la siniestra apoteosis del bandido. En un pésimo grabado, la cabeza de Ravachol, encuadrada en el armazón de la guillotina, resaltaba sobre la luz sangrienta de una gran noche simbólica: como un astro. Después, durante años, leímos en Buenos Aires un semanario titulado *Ravachol*: en el mundo se publicaron más de 30 homónimos. ¿Es celebridad? Lo mismo queda un nombre en la historia, ya se lo escriba en letras de luz ó en letras de sangre. La diatriba, cuando es sonora, inmortaliza más que el elogio.

Vaillant, envidioso de tanta gloria, se propuso exceder á Ravachol. Desde las tribunas del Palais Bourbon arrojó su bomba mortífera al hemisférico de la Cámara de Diputados. Ese «bello gesto», como lo clasificó el literato Laurent Tailhade (cuya megalomanía anarquista vimos derrumbarse en el manicomio de Santa Ana, en París, ¡pobre poeta de los *Vitraux!*), fué teatral en grado sumo. Vaillant dijo orgullosamente que era la sanción final de su lucha contra la sociedad. Había preparado la leyenda del crimen para que su apoteosis fuese rápida y hermosa. Pudo comprobarse que poco

antes del atentado envió su fotografía á Paúl Reclus, á fin de que estuviese lista para la publicidad. Mr. Bertran, estudiando su psicología, señaló «su inmenso orgullo y una inconmensurable adoración del yo».

Un mes después, un pobre diablo falló un atentado contra el rey de Servia en París. Ese infeliz, llamado Leauthier, escribió previamente una carta á Sebastián Faure, director de un diario anarquista, excusándose de no ofrecer á la causa más que ese mínimo holocausto, «careciendo de medios para dar un golpe de efecto, como el sublime compañero Ravachol». Fué excesivamente ingenuo para llegar á célebre.

Emilio Henry es un tipo más interesante. Precoc, inteligente, en la escuela había sido muy buen alumno. Su inestabilidad mental le impedia esa labor asidua que conduce al éxito. Ambicioso en extremo, sus fracasos le desesperan al fin. Su anarquismo es una simple revancha de fracasado. Joven, de buen talante y casi poeta, no va á la anarquía como desesperado á quien la miseria hostiga, que ha perdido la cabeza y lo ve todo rojo, no; él busca en el pequeño escenario de la secta el éxito que no le sonríe en el vasto escenario de la sociedad entera. Necesita hartar su vanidad; pronto consigue el elogio de sus compañeros y el aplauso fácil de sus chusmas. El, como todos, prefiere ser primero en su aldea y no segundo en Roma. Durante el proceso, y hasta subir á la guillotina, vive preocupado por el «qué dirán»; es un precavido comediante que desempeña el papel de emancipador de la humanidad oprimida. Es fuerza confesar que lo desempeña bien, con la perseverancia que cabía esperar de su vanidad desmesurada. Al terminar los debates escribió el doctor

Goupil: «Su actitud en la audiencia, su mirada fija, su mueca impasible, su pérdida absoluta del instinto de conservación, todo evidencia que padecía una forma de locura de las grandezas, la locura de la grandeza póstuma, la locura de Eróstrato.»

En el desgraciado Caserio se repite esa historia. A pesar de su ignorancia, pues era casi analfabeto, encontró en las teorías anarquistas un excitante de su vanidad semisalvaje. Comenzó dedicándose á la propaganda verbal y escrita. ¿Os imagináis el envanecimiento de esos ignorantes cuando llegan á creerse periodistas universales y filósofos reformadores de la sociedad? Después se enfermó y tuvo su cama en un hospital, por una enfermedad crónica y vergonzosa. Su filosofía pesimista le indujo al suicidio; pero su yo, hecho pompa de jabón, no aceptó una muerte vulgar y modesta. «Su inconmensurable vanidad no podía resignarse á ello. Resolvió sacrificarse por la causa, vender cara su cabeza y mostrar á sus compañeros que era digno de admiración y de legar su nombre á las generaciones venideras.»

Después siguieron los atentados de Czolgoz, Luccheni, Rubino y otros, hasta Bresci. Podrían mencionarse, junto á esas formas trágicas del erotratismo, otras larvadas é indecisas. Muchos sujetos disparan un arma sin proyectil para llamar la atención sobre su persona. Otros arrojan, á guisa de bomba, inofensivos legajos de folletos ó reclamaciones.

Hay, pues, una escala progresiva, desde los débiles mentales hasta los megalómanos razonadores. La vanidad y la sugestión constituyen sus resortes más violentos, son casos de simple criminalidad política, como los regicidas en otras épo-

cas. Es tan absurdo reivindicarlos para el anarquismo como imputárselos sistemáticamente.

\* \*

Sugestión y vanidad: es el binomio psicológico del erostratismo político moderno. En los demás delinquentes esos términos conservan su papel preponderante, aunque no exclusivo como en ellos.

¿Por qué son sugestionables los delinquentes?

La masa de la población criminal se recluta entre individuos anormales, incapaces de adaptarse á las condiciones de lucha por la vida propias de su ambiente social. En muchos la degeneración es hereditaria; en su ascendencia lucen delinquentes, alienados, neurópatas, alcoholistas, artríticos, etcétera. En otros la degeneración es adquirida, producto de condiciones propias del medio, primando entre sus factores la miseria, el alcoholismo, la mala educación, la falta de higiene, el trabajo excesivo, etc. En todos los degenerados, el órgano más falible es el cerebro; está destinado á funciones biológicas más evolucionadas, y por ende su íntima textura es más sensible, más frágil. El engranaje de un cronómetro se descompone por un grano de arena ó por un golpecillo que no molestan á un reloj de campanario; se gana en precisión lo que se pierde en tosca solidez. Así también el cerebro. La degeneración mental puede ya observarse en sujetos que aun no presentan caracteres físicos degenerativos.

Todos los hombres son más ó menos sugestionables; esa condición aumenta con la inferioridad mental, pues ésta impide oponer resistencias críticas á las ideas sugeridas: la credulidad de Cándido y de Cacaseno. Los anormales, desequilibrados y

degenerados tienen disminuído su poder de control crítico; por eso aceptan fácilmente sugestiones que un normal rechazaría después de analizarlas con serenidad. Por eso los fanáticos de todas las sectas (espiritistas, vegetarianos, católicos, socialistas, salvacionistas, antivacunistas, anarquistas) suelen reclutarse entre sujetos anormales; éstos aceptan la sugestión doctrinaria con caracteres absolutos y la polarizan unilateralmente, por falta de aptitud para la función crítica.

Los delinquentes, por pertenecer en su mayor parte á la familia degenerativa (exceptuados los criminales de ocasión y los criminaloides), son eminentemente sugestionables. No sólo en cantidad, sino en calidad. Su cerebro está orientado por ideas y sentimientos antisociales, fruto del medio en que ellos viven y cuya influencia reciben constantemente; la moral carcelaria es distinta de la moral honesta. Un cerebro así preparado es un receptor propicio para todo lo que al delito se refiera, es una placa sensibilizada, impresionable por sugestiones que no actúan, sobre un cerebro equilibrado. Por eso puede afirmarse esta premisa: los delinquentes suelen ser degenerados, de sugestibilidad anormal, influenciados por toda sugestión armónica con sus tendencias antisociales. Y su lado flaco, el más vulnerable de sus sentimientos, es la vanidad del crimen, el orgullo profesional.

\* \*

Los diarios colaboran eficazmente á esa tarea de sugestión funesta; son laboratorios de apologías criminales. Es un mal casi inevitable; huelgan las frecuentes protestas de los moralistas y los criminólogos. El periodismo contemporáneo, obligado á

completar su información y á complacer al grueso público que lo mantiene, necesita descender á estas transacciones con el mal gusto popular: y no son las únicas.

La prensa es, indudablemente, el más importante vehículo de sugerencias. Cuando se le atribuye una función educadora, se presupone su capacidad sugestiva: educar es sugerir. ¿Qué ocurre con la descripción detallada de los delitos y la glorificación de sus autores?

Los honestos, los que piensan y obran dentro de ciertas normas tendentes á asegurar la existencia y el bienestar de cada uno, al leer esas artimañas de los deshonestos sienten repulsión por el delito y por sus artífices: su conducta es la resultante de una orientación social de su inteligencia. La sugestión del delito cae en terreno infecundo, los gérmenes mueren sin abrir brecha en las conciencias.

Pero esas mismas sugerencias, llevadas por la prensa á la población criminal, producen el efecto contrario; encuentran cerebros dispuestos antisocialmente, inclinados al delito por la herencia ó la educación. Cada crimen es un tema de emulación profesional; cada crónica periodística un honor envidiable; el objetivo fotográfico un sueño, un ideal. Leyendo el relato minucioso de un mismo delito, el tranquilo burgués exclamará: «¡Infamia!» Y el delincuente comentará: «¡Magnífico golpe!» ¿Cómo desconocer que la exposición circunstanciada de esos magníficos golpes debe ejercer una gran influencia sobre el espíritu vanidoso de los delincuentes? Esas apologías—pues los dicterios de los periodistas resultan alabanzas para los criminales—, ¿no estimulan su orgullo profesional?

Si pudiéramos adoptar por un momento el alma de un carcelario habitual, es decir, si enfocáramos nuestro cerebro para percibir y juzgar como él los hechos exteriores, encontraríamos en las crónicas judiciales una cátedra, enseñanzas para colmar las propias lagunas, estímulos eficaces para perfeccionar los procedimientos, hermosos ejemplos que imitar, nuevos peldaños que subir en la escala de la gloria. Siempre un ¡más arriba! en la aristocracia de la infamia. Porque el delincuente, impulsado por su orgullo, quiere adquirir celebridad en su carrera, en virtud del mismo proceso psicológico por el cual la ansian el político y el poeta, el sabio y el artista.

Como el gascón heroico de Rostand, estos cruzados del puñal y de la ganzúa tienen su penacho, dan su estocada para completar un soneto de audaces premeditaciones. Sueñan, acaso, un rojo y siniestro San Graal, como soñaba el suyo el caballero Lohengrin. Vallette refiere que Henriot, el agudo caricaturista parisiense, escribió al pie de una página suya este profundo tratado de psicología criminal: «*Mais, Monsieur le président, la Court d'Assises, la Guillotine, c'est notre Légion d'Honneur á nous.*»